

## ***CUATRO VIEJAS HISTORIAS ENTRAÑABLES***

Una vieja historia:

Oí unos leves golpes en la puerta de mi habitación; era mi abuelo que me invitaba a acompañarle a visitar Paulina, una hermosa finca (propiedad de un sobrino suyo), situada en las estribaciones de la sierra de Ricote, donde el silencio, la belleza del paisaje, los olores al tomillo, al romero y a la retama, llenaban mis pulmones acompañando al aire fresco de la mañana. Eran las cuatro de la mañana, corrían los años cincuenta. Yo, todavía dormido, caminaba descompasado intentando alcanzarle que, más que andaba, corría.

Llegando a las Pilicas, antiguo abrevadero de caballerías, bebimos un poco, de un agua pura y cristalina, aunque un poco blanda, que a pesar de las diversas obras y transformaciones de este antiguo camino que conduce de Oxós (Ojós) a Ricote, permanece en su sitio de origen.



**Paraje del valle de Ricote**

Seguimos caminando hacia el hermosos valle donde se encontraba la finca: Grandes piezas de tierra sembradas de vetustos olivos, coronando las alturas, magníficos ejemplares de pino carrasco. A mi abuelo, le gustaba sentarse debajo de una olivera milenaria que cubría con sus ramas una tahúlla de tierra y me decía: Con lo que produce esta olivera, una familia podría abastecerse de aceite todo un año y abrazaba con cariño su tronco cuyas dimensiones eran tan enormes que se necesitarían tres o cuatro hombres para abarcarla.

A la vuelta, cruzamos la villa de Ricote, (viejo residuo morisco), expulsados la mayoría de sus habitantes en tiempos de Felipe III; pero la fragosidad de sus sierras protegió a gran numero de ellos que permanecieron ocultos. Al pasar por sus solitarias calles, las mujeres asomaban sus caras con curiosidad al vernos pasar. Todavía, solían taparse sus rostros con unos azulados velos donde solo se podían ver sus hermosos ojos profundamente negros.

Ya casi a la salida del pueblo, destacaban tres casas unidas, de magnífica factura, todas de piedra, que se diferenciaban por su belleza de todas las demás, Yo pregunté a mi abuelo por ellas y él, con su sonrisa socarrona me dijo:

Ah; si supieras; un conocido pastor, un poco loco, le dio la manía de cavar en las ruinas del viejo Castillo Árabe que domina todo el Valle de Ricote, antiguo feudo del Rey Lobo y encontró una olla repleta de monedas, en su mayoría de Oro. Con esta fortuna, mandó edificar las tres casas para toda su familia y enterados sus vecinos del feliz hallazgo, intentaron lo mismo, destruyendo en gran parte los murallones y dependencias del castillo que a pesar de todo, sigue desafiando el tiempo como testigo de la historia.

\*\*\*\*\*

Otra vieja historia:

Durante mis vacaciones, solía acompañar a mi abuelo en las faenas de la huerta, prestándole la ayuda que podía dada mi juventud y mi falta de experiencia; y en aquellos momentos, que nos solazábamos sentados en un caballón, viendo pasar el agua por el brazal, camino de las tablas tan delicadamente cuidadas, me contaba historias, vivencias, experiencias de su vida (por cierto muy azarosa), y aquél bello día del mes de abril, me hablo de la Pila de la Reina Mora.

En mi pueblo que es Oxós (Ojós), el límite jurisdiccional con Ulea lo señala el llamado Castillo de Ulea, para los de mi pueblo Castillo de Ojos, una inmensa Montaña de las muchas que rodean el Bello Valle de Ricote (Rico Ricote), como lo denominaban los árabes y también en alusiones de Cervantes en el Quijote. En la cima de esta montaña, existe una planicie un poco inclinada y en el extremo de ella, dando al vacío, se encuentra una enorme roca, un poco separada de la misma, con dos grandes despeñaderos a los lados y en la parte más alta, está tallada en la propia roca, una especie de bañera, donde según las tradiciones orales se bañaba la reina mora, subiendo el agua a través de un pasadizo secreto que comunicaba con el río.



Una vista de Ojós

¿Sería Verdad todo lo que me contaba mi abuelo, escuchándolo absorto de curiosidad?. Esta duda me martilleaba la cabeza. Un buen día, convencí a mi buen amigo Paco, de que me acompañara a comprobar la existencia de la dichosa pila de la Reina Mora.

De buena mañana, provistos de algunas cuerdas, una azada y una picoleta, nos encaminamos a través de un tortuosos sendero que cada vez más nos adentraba en un territorio desconocido y solitario a través de las oquedades de las inmensas rocas que, cada vez que nos acercábamos a la cima las aumentaban las dificultades.

\*\*\*\*\*

**Tendría que contar tantas cosas pero eso será otro día. Espero que os haya gustado. Hasta siempre:**

*FERNÁNDEZ PALAZÓN, José Antonio: Licenciado en Historia Moderna y contemporánea por la Universidad de Murcia, Guía Oficial de Turismo de la comunidad Autónoma de Murcia, Master de Historia de la Familia en Europa e Hispano América.*



Vista general de Ulea

El frío se hacía sentir, una pareja de perdices, pasó planeando sobre mi cabeza. A lo lejos, el águila, daba vueltas en la inmensidad del cielo en busca de alguna presa. Al fondo de una vaguada, el agua se despeñaba en su carrera hacía el río. Ni que decir, los olores del monte, la vegetación tan distinta, el bosque de palmeras de dátiles de zorra, toda la armonía y los sonidos del viento embriagaban mi ánimo, dándome fuerzas para seguir.

Por fin coronamos la cima y dentro de las muchas sorpresas que nos reparó aquella excursión, fue encontrar una serie de canales tallados en las rocas que sabiamente conducían el agua de lluvia hacía una balsa, que a pesar del tiempo, mantenía incluso, en algunas partes, su policromía original. Montones de trozos de cerámica diseminadas por toda la planicie y al fondo, esa enorme roca a la que había que acceder, saltando un poco en el vacío y agarrándose a la misma había que subir hasta alcanzar nuestro objetivo. Paco, un poco más precavido, se quedó en la base por si me tenía que sujetar. Y por fin, la Pila de la Reina Mora, se encontraba allí impávida a través de los siglos, perfectamente tallada en la roca. Salté a su interior. Desde allí se dominaba todo el valle, los pueblos cercanos y dos pequeños cementerios donde reposan mis abuelos. Levanté la vista al Cielo, recé una oración por sus almas y admiré la belleza del paisaje.

La bajada se hizo más penosa, quizás por el cansancio, pero mi corazón saltaba de alegría. Era verdad; son casi siempre ciertas estas tradiciones orales. Pasamos por la base de dos grandes murallones desmochados por el tiempo y por la piqueta de los buscadores de tesoros. al llegar a casa, encontré a mi abuelo sentado junto a la lumbre, le di un abrazo y el miró sorprendido, pero esbozando una sonrisa. Se sentía feliz al verme; sabía de donde venía.

**Una historia entrañable:**

La vida en los pueblos, por lo menos allá por los años sesenta, setenta, era sencilla. Yo pasaba mis vacaciones en casa de mis abuelos y como fui el primer nieto, siempre estuve un poco mimado de todos. Lo que si recuerdo con toda claridad, eran esas viejas historias, unas veces relatadas por mi abuelo y otras de vox populi; o sea, tradiciones orales, pero en la mayor parte, auténticas.

Había en mi pueblo que es Oxós, (Ojós), situado en el Valle de Ricote, último reducto morisco, un pastor que se llamaba Pedro José, el cual, tenía su propio rebaño de ovejas y mayoritariamente de cabras que llevaba todas las mañanas de buena hora a pastar en los montes comunales, junto con las demás cabras y ovejas de pequeños propietarios del mismo pueblo. Éstas últimas, una vez que abrían las puertas de sus respectivos corrales, corrían por las calles en busca del ganado de Pedro José para unirse a él. Por las tardes, al anochecer sucedía la misma operación. Cada una de las cabras solía buscar su corral, balando a la puerta hasta que su dueño las recogía. Era un espectáculo entrañable.

Pero este no es el tema de mi vieja historia. Como os he dicho, Pedro José subía todos los días a las montañas que rodean el maravilloso Valle de Ricote. Desde sus soledades, recordaba una vieja tradición que él nunca llegó a comprender; la expulsión de los moriscos del Valle, lo más probable, de sus antecesores. ¿Sería él uno de sus descendientes, de los que se pudieron ocultar o cambiar de nombre consiguiendo burlar esa inicua Pragmática del Rey Felipe III, allá por el año 1614?. Lo que sí tenía claro por haberlo oído en numerosas ocasiones, era que la mayoría de los expulsados no pudieron llevar consigo ni oro ni plata y, por la brevedad del plazo para la expulsión, debieron ocultarlo en aquellas oquedades y abrigos montañosos que él, también conocía.

Un día, ya próximo al atardecer, le sorprendió una inesperada tormenta con todos su aparato eléctrico que le obligó a refugiarse en una cueva que, ya en otras ocasiones, había utilizado para estos menesteres. La tormenta rugía con estrépito y, asustada por la misma, una pequeña cría de cabra, cayó en una pequeña sima situada en la misma cueva. Pedro José, en su intento de recuperarla, resbaló hasta el fondo de la misma y, al encender una pequeña vela, le sorprendió el hallazgo de una pequeña tinaja llena de una especie de tierra amarillenta. Un pequeño rayo de sol rompió y se abrió paso entre las nubes, iluminando parcialmente su habitación. Sus esfuerzos por salir, resultaron infructuosos y para no aburrirse en su desesperación, comenzó a lanzar pequeños puñados de aquella tierra hacía ese rayo de luz, transformándose en una especie de castillo de fuegos artificiales con ese colorido potenciado por la luz del atardecer. ¡Qué poco se podía imaginar que aquello era oro en polvo en trocitos pequeños que los cambistas y acaparadores del mismo solían limar de las monedas de curso legal!. Dada la tardanza de su regreso, el pueblo se movilizó en su busca, logrando sacarle de aquella sima, eso si, no muy mal herido, pero si empobrecido. Había sido rico por unos instantes y había tirado esa fortuna.

Cuando lo comentaba en el pueblo, la gente apenas le hacía caso. Pensaban que las largas horas que pasaba en la montaña y el sol inmisericorde de estas latitudes, le había dañado el cerebro. Él, siguió su vida normal y, cuando regresaba de la montaña, llevaba un pequeño grupo de cabras que llegaba con ellas hasta la puerta de tu casa y las ordeñaba delante de ti. ¡Eso si que era leche!.

\*\*\*\*\*

## Otra vieja Historia entrañable:

En esta tarde calurosa de verano y teniendo prácticamente terminado el trabajo del MASTER, de (Historia de la Familia en Europa y en Hispano América), he sabido del fallecimiento de una persona entrañable, la cual, formaba parte indisoluble de la Historia del Valle de Ricote.

Se llamaba Ricardo. Vivía en Ojós, ese bellissimo pueblo que, por mis anteriores viejas historias ya conocéis. Sus padres murieron siendo él muy pequeño. De herencia, solamente le dejaron una humilde casa. Sus hermanos, ante la falta de trabajo, pronto abandonaron el pueblo dirigiéndose a Barcelona como tantos otros lugareños, y él, quedó prácticamente abandonado a la caridad del pueblo. Como no tenía con que alimentarse, todo lo que se criaba en la huerta era suyo y nadie le decía nada: Las uvas, las brevas, los higos las manzanas, las peras, las naranjas etc. Era el pregonero oficial del pueblo. Seguía al alguacil con una pita y repetía las palabras del mismo aunque destempladas por su pequeña tartamudez. “ Por orden del Señor Alcalde, se hace saber que...” Era un personaje doblemente entrañable. A mi me llamaba Antonio; cuando me veía, siempre me saludaba y yo le obsequiaba con unas pesetas para que se comprara un bocadillo, bocadillo que me enseñaba para que viese que no se las había gastado en cerveza. Su fortaleza física radicaba en sus brazos: unos brazos musculosos y fuertes, pero las piernas no le acompañaban por cierta enfermedad. Tenía fama entre las mujeres de su hombría, pero siempre las respetaba, aunque, cuando veía a una chica guapa le decía para si: “ Eso se come todo”. Ricardo, era un poco atrasado, pero bueno, amable, servicial, cariñoso. La gente del pueblo se metía un poco con él y a mi me daba rabia. Lo solía encontrar subido a una higuera de buena mañana, cuando acompañaba a mi abuelo en las tareas de la huerta. Lo saludaba y él, inmediatamente, me obsequiaba con los mejores higos en señal de agradecimiento. Al final de su vida, empezó a cobrar una pequeña pensión de las llamadas no contributivas, lo que facilitó que unas benditas monjas de la vecina villa de Villanueva del Segura, le acogieran en su asilo.

Me hubiera gustado estar con él, acompañarlo en estos últimos días de su vida, pero no he sabido nada de él hasta ahora. Sé positivamente que un ángel ha subido al Cielo; se lo tenía bien ganado y a mi me gustaría, si Dios me lo permite, estar con él, darle un abrazo y decirle. Perdóname, lo siento, tendría que haberte visitado. Hoy, en esta tarde calurosa, lloro y rezo por él y, ruego una oración a todos vosotros mis queridos compañeros de la universidad y compañeros de la Asociación de Jubilados del BBVA para la salvación de su alma, ya que su cuerpo maltratado y dolido por la vida ha descansado.

\*\*\*\*\*

*No es una alegre vieja historia, que sí tengo muchas que contaros, pero esta es una triste y vieja historia, pero así es la vida, por eso, hay que valorar la amistad, el respeto que, todo lo demás es como el polvo del camino que un poco de aire todo se desvanece.*

*Tendría que contaros tantas cosas pero eso será otro día.*

José Antonio Fernández Palazón,  
Licenciado en Historia Moderna y  
Contemporánea por la Universidad de  
Murcia.

